

retiró á sus habitaciones triste por el desaire recibido.

El general español, despues de colocar las fuerzas convenientemente, distribuir las guardias y situar los centinelas en donde se juzgó prudente, se dirigió á la pieza que ocupaba, y llamó á Pedro de Alvarado para que le informase del origen del levantamiento y de lo que habia acontecido durante su ausencia.

Pedro de Alvarado refirió el suceso en los términos que juzgó justificaban sus actos. Pintó á los nobles, disponiendo un levantamiento para caer en un dia determinado sobre los cuarteles, dar la muerte á los españoles que habian quedado en la ciudad, y poner en libertad á Moctezuma. Las alarmantes noticias, segun dijo, las habia adquirido de los tlaxcaltecas, á quienes los mejicanos solian acercarse á insultar de vez en cuando, y de dos sacerdotes y algunos nobles. Agregó, que desde aquel momento se preparó para obrar como correspondia y no verse sorprendido. El instante en que juzgó conveniente obrar, llegó bien pronto. Los aztecas tenian costumbre de celebrar anualmente, por el mes de Mayo, una fiesta al dios de la guerra Huitzilopochtli. Era la fiesta de la incensacion al número, que en aquel año cayó en 13 de Mayo. Se celebraba con la mayor solemnidad, y asistian á ella el rey, la nobleza y lo mas notable de la nacion. Los grandes de la corte se presentaron á Pedro de Alvarado para saber si permitiria ir al rey al templo, á cumplir, como era costumbre, con sus deberes religiosos en la fiesta indicada. El jefe español se excusó, diciendo que el mismo Moctezuma habia convenido con Cortés en que no saldria durante su corta ausencia,

y que, por lo mismo, sentia no poder obsequiar el deseo que manifestaban. Los nobles, conociendo que obraba en cumplimiento de su deber, se manifestaron satisfechos, y ya no pensaron mas que en hacer los preparativos para la funcion religiosa, que debia celebrarse en el átrio inferior del gran *teocalli*, próximo al cuartel. Llegó el dia de la fiesta. Los nobles se adornaron con sus mas vistosos trajes y joyas, sus bellas mantas de plumas y sus brillantes penachos, y se dirigieron al suntuoso templo, cuyo espacioso átrio se hallaba pavimentado de blancas y relucientes losas. Allí se veian reunidos, llenos de satisfaccion y de sentimiento religioso, seiscientos individuos de la nobleza azteca. La alegría y la satisfaccion se veian pintadas en el semblante, y todos se preparaban para dar principio á la fiesta. Pedro de Alvarado, dando crédito á los avisos de los tlaxcaltecas, se acercó al atrio, como atraído por la curiosidad de ver, y lo mismo hicieron cincuenta soldados que se fueron colocando por orden suya en las puertas. No llamó la atencion de los concurrentes la presencia de los soldados españoles ni el ver que iban armados, pues tenian costumbre de asistir de igual manera á todos los espectáculos que habia. Los tlaxcaltecas, movidos de su implacable odio á los mejicanos, de quienes habian sufrido siempre terribles daños, habian asegurado al capitan castellano que el plan de los nobles era atacar los cuarteles, despues de terminado el acto religioso en que el pueblo les seguiria excitado por la voz de sacerdotes (1). Llegado el

(1) Ixtlilxochitl lo asegura así, fundándose en los historiadores texcoanos. Hé aqui sus mismas palabras. «Fué que ciertos tlaxcaltecas por

momento de la fiesta, los aztecas se entregaron al baile, entonando religiosos cantos en honor del númen de la guerra, al son de los ruidosos y disonantes instrumentos, que en número considerable tañían. Cuando mas entregados se hallaban al bullicio y al placer de la danza, Alvarado hizo una señal convenida á sus soldados, y desnudando sus espadas se arrojaron sobre sus desgraciadas víctimas. Ninguno de los aztecas tenia armas, y por lo mismo, no pudieron oponer resistencia ninguna. La mortandad fué horrible. Los cortantes aceros herian fácilmente los cuerpos casi desnudos de los acometidos, y la sangre empezó á correr por el pavimento. Aterrados y perseguidos, unos se dirigian á las puertas; pero allí eran atravesados por las espadas de los que guardaban las salidas. Otros subian espantados, hácia las torres del teocalli; mas pronto se veian alcanzados de sus perseguidores, que los acuchillaban en las gradas ó en los terrados. Los gritos, los clamores, los ayes de los moribundos, llenaban los aires, sin despertar la piedad de sus enemigos.

Pronto el vasto átrio, que poco antes habia sido escenario de alegría y satisfaccion, se vió convertido en teatro

envidia lo uno acordándose que en semejante fiesta los mexicanos solian sacrificar gran suma de cautivos de los de la nacion tlaxcalteca, y lo otro que era la mayor ocasion que ellos podian tener para poder hinchar las manos de despojos y hartar su codicia, y vengarse de sus enemigos (porque hasta entonces no habian tenido lugar, ni Cortés se les diera, ni admitiera sus dichos, porque siempre hacia las cosas con mucho acuerdo), fueron con esta invencion al capitan Pedro de Alvarado, que estaba en lugar de Cortés, el cual no fué menester mucho para darles crédito, porque tan buenos filos y pensamientos tenia como ellos, y mas viendo que allí en aquella fiesta habian acudido todos los señores y cabezas del imperio y que muertos no tenian mucho trabajo en sojuzgarlos.» Hist. chich., MS., cap 88.

de luto y de matanza. Los piés de los perseguidores tropezaban en los cuerpos de los muertos y de los heridos. El terror de los perseguidos crecia con los ayes de sus amigos sacrificados, y procuraban ganar la tapia que rodeaba el templo. Un número considerable de los nobles que entraron para celebrar la fiesta de su dios, quedaron tendidos sobre el pavimento mismo en que se habian entregado al canto y á la danza. Allí pereció la flor de la nobleza azteca, y los cadáveres fueron despojados por la soldadesca, de las joyas que llevaban. Solo habian logrado salvarse los que lograron subir á la tapia que cercaba el teocalli, saltando por ella á la calle, y muchos que se escondieron en las torres, detrás de los colosales ídolos y de los altares. No perecieron, por fortuna, todos, como algunos autores asientan; pero sí una parte considerable. Lleno de profunda pena y justamente indignado Moctezuma contra Pedro de Alvarado, envió sus mensajeros á Cortés, haciéndole saber lo acaecido, y diciéndole «que su lugarteniente habia matado y herido á muchos de sus nobles (1).» Muy pocas fueron las familias de la nobleza azteca, que no tuvieron que llorar la muerte de al-

(1) «Vinieron cuatro grandes principales que envió el gran Moctezuma ante Cortés á quejarse del Pedro de Alvarado, y lo que dijeron llorando con muchas lágrimas de sus ojos fué, que Pedro de Alvarado salió de su aposento con todos los soldados que le dejó Cortés, y sin causa ninguna dió en sus principales y caciques, que estaban bailando y haciendo fiesta á sus ídolos Huichilobas y Tezcatecupa, con licencia que para ello les dió el Pedro de Alvarado, é que mató é hirió muchos de ellos.» - Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conquista, cap. CXXIV.— Por no haberse fijado sin duda el Sr. Prescott en las anteriores palabras del soldado historiador, y seguir á Sahagun y al padre Las Casas, que escribieron por informes de personas muy apasionadas, dice que: «Ni un solo azteca de toda aquella reunion quedó vivo.»

gun sér querido. Fué una escena de desolacion, cuya triste memoria conservaron los nativos en melancólicos romances que cantaban aun algun tiempo despues de la conquista, y en que se referia el horrible acontecimiento (1).

Nada hay que pueda disculpar esa horrible escena dispuesta por Pedro de Alvarado. No bastaba que asegurasen los aliados tlaxcaltecas que se proyectaba un levantamiento, ni que él notase algo que le hiciese sospechar que se preparaba algun moviento. De las palabras de los primeros debia desconfiar, puesto que conocia el ódio que se profesaban ambas naciones; y

(1) Los historiadores de la conquista dicen que el baile se hizo en el átrio del templo; pero el jesuita español Acosta dice que se hizo en palacio, aunque sin decir en cual. El Sr. Clavijero, creyendo imposible que en el templo mayor se hubiese podido cometer el atentado contra los nobles por unos pocos españoles, estando allí la armeria donde el inmenso pueblo pudo coger las armas y aniquilar los soldados de Alvarado, se inclina á la opinion del último. Pero como el padre Acosta no indica en qué palacio se verificó, el Sr. Clavijero cree que «no pudo ser otro que aquel donde habitaba entonces el rey;» esto es, el mismo ocupado por los españoles. En mi concepto, donde el padre Acosta dice que pasó en el palacio, debe creerse que quiso decir cerca del palacio, por hallarse próximos ambos edificios. Cierto es que, como asegura Clavijero, ni el soldado historiador ni Cortés hicieron mencion del lugar; pero si da á conocer el primero en las siguientes palabras, que no fué en los cuarteles. «Vinieron,» dice, «cuatro grandes principales que envió el gran Moctezuma, ante Cortés á quejarse del Pedro de Alvarado, y lo que dijeron llorando con muchas lágrimas de sus ojos fué, que Pedro de Alvarado salió de su aposento con todos los soldados que le dejó Cortés, y sin causa ninguna dió en sus principales y caciques, que estaban bailando y haciendo fiesta á sus idolos Huichilobos y Tezcatepuca.» Estas palabras no dejan duda de que la escena pasó fuera de los cuarteles, pues de lo contrario, no hubiera salido de ellos Alvarado para dar sobre los caciques. En otra parte dice el mismo Bernal Diaz: «Y le tornó á decirle Cortés que á qué causa les fué á dar guerra estando bailando y haciendo sus fiestas y bailes.» Las palabras *les fué á dar* indican que salió del cuartel.

respecto á las sospechas concebidas por él, de ninguna manera tenia derecho á darles la fuerza de inconcusa realidad, y mucho menos cuando se trataba de la vida de centenares de individuos. No hay juez que sentencie á muerte, ni aun al hombre mas criminal, si no existen contra él mas que indicios, por fuertes éstos que sean. No debió Alvarado condenar á perder la vida á los nobles que asistian á una fiesta religiosa, sin mas datos que las acusaciones de sus enemigos y sus privados recelos. Solis trata casi de justificar el hecho, formando contraste con la notoria exageracion con que lo han presentado los escritores extranjeros. Estos han recargado el cuadro de tintas las mas negras y espantosas, mientras aquel presentaba el suyo con suave colorido. En mi concepto, ninguna de esas pinturas se parece en nada al original. El odio á las glorias españolas, ha dirigido la pluma de los extraños; el laudable deseo de que no aparezca en la maravillosa empresa de la conquista un solo lunar en los uotables hombres que la llevaron á cabo, ha guiado la del elocuente historiador español. Solis da por seguro que los nobles tenian dispuesto el levantamiento contra los castellanos. Dice que Alvarado «consiguió la noticia evidente de la conjuracion, porque ganó algunos de los mismos conjurados que venian con los avisos, afeando la traicion, sin olvidar el interés.» Añade que eligieron el dia dedicado á la celebracion de la fiesta, «suponiendo que se podrian juntar descubiertamente, sin que hubiese novedad;» y que el intento de ellos era «convocar al pueblo y llevarle tras sí con la obligacion de apellidar la libertad de su rey y la defensa de sus dioses; reservando para enton-

ces el publicar la conjuración, por no aventurar el secreto, fiándose anticipadamente de la muchedumbre; y á la verdad no lo tenían mal discurrido, que pocas veces falta el ingenio á la maldad.»

Yo creo que Solís no hubiera dado la sangrienta orden que dió Alvarado, no teniendo otras pruebas que las noticias y las sospechas que tuvo. La nobleza para efectuar un levantamiento no tenia necesidad de andar conspirando. Podia juntarse descubiertamente en cualquiera parte, pues nadie se lo habia prohibido, á tratar de sus negocios ó á pasar revista á sus ejércitos. Jamás dejó de salir Moctezuma á sus paseos sin que le acompañasen centenares de nobles. La nobleza, libre como era para reunirse en todas partes, bien en la capital, bien en los pueblos, bien en el campo, y teniendo siempre á su disposición los ejércitos y el pueblo, estaba en aptitud de poder atacar los cuarteles españoles en el mismo dia que lo hubiera pensado, sin tener que recurrir á las conjuraciones clandestinas. Se podria objetar, aunque no lo dice el historiador á que me refiero, ni ningun otro, que no queria hacerlo, por no comprometer la vida del rey. Pero en el mismo caso se hallaba el dia de la fiesta. Si Alvarado hubiera permitido marchar á Moctezuma, podia decirse que los nobles tenian dispuesto atacar á los españoles despues de la función religiosa; pero no habiendo salido, y dejándole en el mismo peligro, se encontraban con el mismo inconveniente para atacar. Respecto á que en la noche anterior «anduvieron muy solícitos, escondiendo las armas en el barrio mas vecino al templo,» carece absolutamente de solidez. Sabido es que la nación mejicana tenia grandes ejércitos bien equipados, y ar-

senales provistos de toda clase de armas. Estos ejércitos se hallaban en la capital, en los alrededores, en los pueblos, en todo el reino, en fin. Cuando Cortés salió al encuentro de Narvaez, el mismo Moctezuma le ofreció cinco mil guerreros de los suyos; prueba evidente de que contaba con fuerzas armadas. Siendo esto, como es, una verdad innegable, es del todo inverosímil que anduviesen escondiendo armas en los barrios, quienes se podian presentar con ellas en todas partes. Pero puesto que Alvarado creyese que realmente las habian escondido, debió, antes de proceder al castigo, hacerles ver su delito, presentándoles el armamento que habian ocultado. Igual cosa digo respecto de los conjurados, que se asegura le descubrieron la conjuración. Para probar que obraba en justicia y nadie pudiera acusarle de arbitrario, se hallaba en el deber de presentarlos ante los conspiradores, cuya sangre se proponia derramar. Pero ni las armas ni los acusadores fueron presentados; y la sentencia de muerte se ejecutó sin mas pruebas que las simples sospechas y las noticias alarmantes dadas por los tlaxcaltecas. Sensible es tener que presentar los lunares que manchan y afean la vida pública de los hombres que se han distinguido por otros hechos que los enaltecen; pero si la historia ha de ser el espejo que presente el pasado para corregir el presente y preparar el futuro, preciso es darlos á conocer para evitar que encuentren imitadores. Pedro de Alvarado era de los mas notables capitanes, por su valor, su bizarría, su gallarda presencia, sus graciosos modales y su franqueza. Pertenecia á una familia distinguida; poseia sentimientos caballerescos; era inquebrantable en su fidelidad y profesaba una amistad sin-

cera á su general. Hernan Cortés le distinguía como el primero de sus oficiales; y cuando, terminada la conquista de Méjico, tuvo ocasion de hablar de los compañeros que le ayudaron en su empresa, diciendo á Carlos V que «tres de sus capitanes podian compararse con los primeros que ha producido el mundo,» puso en preferente lugar á Pedro de Alvarado. Los otros dos fueron Cristóbal de Olid y Gonzalo de Sandoval (1). Pero esas bellas cualidades que distinguian al notable capitán, estaban acompañadas de un carácter violento, de un corazón temerario y de falta de meditacion. Acogía con facilidad las acusaciones contra los que juzgaba contrarios, y esto le arrastraba á dictar providencias que no siempre estaban de acuerdo con el deber. La falta de prudencia, la facilidad en acoger las acusaciones y su carácter violento, fueron los que dispusieron la sangrienta escena referida, con la cual echó un negro borron en su nombre. Justo es ensalzar las buenas acciones que ilustran á los hombres, para despertar en los demás el deseo de imitarlas; pero es tambien de justicia presentar los lunares que afean á los personajes públicos, á fin de que los que ocupan un lugar distinguido, huyan de caer en los defectos que mancharian su honra.

(1) Estos tres capitanes que dicho tengo, fueron muy loados y alabados delante de su majestad cuando Cortés fué á la corte, porque dijo al Emperador nuestro señor, que tuvo en su ejército, cuando conquistó á Méjico y Nueva-España, tres capitanes que podian ser tenidos en tanta estima como los muy afamados que hubo en el mundo. El primero que dijo fué Pedro de Alvarado que, demás de ser esforzado, tenia gracia en su persona y parecer para hacer gente de guerra; y dijo que el Cristóbal de Olid era un Hector en el esfuerzo para combatir persona con persona; y dijo del Gonzalo de Sandoval que era tan valeroso y esforzado capitán y de buenos consejos, que se podia nombrar entre los muy esforzados que hubo en el mundo.» Bernal Diaz. Hist. de la conq.

La mayor parte de los historiadores extranjeros, aprovechándose de las exageradas relaciones del padre Las Casas, han dado al lamentable hecho efectuado contra la nobleza, un origen á todas luces falso. La fuente de donde han querido beber, exprofeso, para no pasar por parciales, no podia ser mas sospechosa. Repetidas veces he tenido la penosa necesidad de manifestar en esta obra, el poco ó ningun crédito que, como historiador, merece el referido padre Las Casas, por muy apreciable que por otros motivos sea. Segun él y los que le han seguido, la matanza de los nobles tuvo su origen en la avaricia; en el deseo de apoderarse de las joyas con que solian adornarse para concurrir á la fiesta de la incensacion del númen de la guerra. Ese bastardo motivo es enteramente falso. Bastaria el criterio natural para creerlo inverosímil, si ya no estuviese desmentido por Bernal Diaz del Castillo. Pedro de Alvarado no podia anhelar que su situacion, bastante crítica ya, empeorara, como tenia que empeorar, si daba motivo para un levantamiento del pueblo. Se hallaba en una populosa capital, de donde sabia que no le seria dable salir en caso de un conflicto: debia temer que Hernan Cortés, lejos de triunfar de su enemigo Narvaez, quedase vencido; y por lo mismo, estaba en la imperiosa necesidad de no provocar contra él á los mejicanos. Pues bien; suponer la muerte de centenares de nobles, sin mas objeto que el de apoderarse de unas cuantas alhajas, cuyo valor, se puede asegurar, que no llegaría á dos mil duros, sabiendo que se atraeria la indignacion del país entero, hubiera sido el colmo de la insensatez. Exponer su vida, la de sus compañeros y los tesoros que había quedado guardando,